

corazones que le conservaban fidelidad. Asi es que permitió que el templo de Jerusalem fuese destruido, y que fuese entregado al pillage su tesoro; y que tantos ricos y preciosos vasos consagrados por los reyes piadosos pasasen á las manos de un rey impío.

Empero la ruina del templo de Dios debía servir de enseñanza á todo el universo. En la persona del impío y victorioso Nabucodonosor vemos lo que son los conquistadores: la mayor parte de ellos no son mas que instrumentos de la venganza divina. Dios ejerce por ellos su justicia, y despues la ejerce sobre ellos mismos. Nabucodonosor revestido del poder divino, y hecho invencible por este ministerio castiga á todos los enemigos del pueblo de Dios. Él asoló el país de los idumeos, de los amonitas y de los moabitas; destronó á los reyes de Siria: el Egipto, bajo cuyo poder la Judea habia tantas veces gemido, fue presa de este rey soberbio, y vino á ser su tributario: su poder no fue menos fatal á la misma Judea, que no supo aprovecharse de las treguas que Dios la concedió. Todo cayó, todo fue abatido por la justicia divina, de que Nabucodonosor fue el ministro: á él le tocará su turno; caerá tambien; y Dios que se valió de la mano de aquel príncipe para castigar á sus hijos y humillar á sus enemigos, reservóse á su mano omnipotente el castigo de su persona.

CAPÍTULO VI.

De los juicios de Dios contra Nabucodonosor, contra los reyes sus sucesores y contra el imperio de Babilonia.

A Dios plugo no dejar ignorar á sus hijos el fin de aquel rey que les castigó, y del imperio de los caldeos al que habian de ser trasladados cautivos. Por temor de que se dejasen sorprender por la gloria de los impíos y de su orgulloso reinado, los profetas les anunciaban su corta duracion. Isaías, que vió la gloria de Nabucodonosor y su insensato orgullo mucho tiempo antes de que naciera, predijo su caída repentina y la de su imperio. Babilonia no era casi nada cuando este profeta vió su poder y, á poco despues, su ruina. Asi que las revoluciones de las ciudades y de los imperios que atormentaban al pueblo de Dios, ó que se aprovechaban de su adversa suerte, hallábanse escritas en aquellas profecías. La pronta ejecucion de cuanto anunciaban estos vaticinios no deja lugar á dudar de su origen: y los judíos, tan duramente castigados, vieron caer antes que ellos, ó al mismo tiempo que ellos, ó á poco despues, segun las predicciones de sus profetas, no solo á Samaria, Idumea, Gaza, Ascalon, Damasco y las ciudades de los amonitas y de los moabitas, sus perpetuos enemigos, sino tambien las capitales de los gran-

des imperios, Tiro, la señora del mar, Tanis, Memfis, Tebas, la ciudad de cien puertas, con todas las riquezas de su Sesostris, la misma Ninive, capital de los reyes de Asiria, sus perseguidores, y la soberbia Babilonia, vencedora de todas las demas y enriquecida con sus despojos.

Verdad es que Jerusalem pereció al mismo tiempo por sus pecados: pero Dios no la dejó sin esperanza. Isaías, que predijo su desolacion, vió tambien su glorioso restablecimiento, y aun tambien nombró á Ciro, su libertador, doscientos años antes que naciera. Jeremías, cuyas predicciones habian sido tan precisas para señalar á aquel pueblo ingrato su segura perdicion, le prometió que al cabo de setenta años regresaria de su cautividad. Durante aquel espacio de tiempo el pueblo de Dios abatido era respetado en sus profetas: y aun estos mismos cautivos anunciaban á los reyes y á los pueblos el terrible destino que les estaba reservado. Nabucodonosor, que queria hacerse adorar, adoró él á Daniel, asombrado de los secretos divinos que le descubria: él fue quien le manifestó la sentencia dada contra él, y cuya ejecucion no se hizo esperar mucho tiempo. Aquel príncipe victorioso triunfaba en Babilonia, de la que hizo la mas grande, la mas fuerte y la mas hermosa ciudad que ha visto jamas el sol. Pues en esta ciudad precisamente aguardábale Dios

para humillar su orgullo. Dichoso é invulnerable, por decirlo así, á la cabeza de sus ejércitos, y durante todo el curso de sus conquistas, debia perecer en su casa segun el oráculo de Ezequiel. Cuando admirando su grandeza y la belleza de Babilonia, se eleva sobre todos los demas hombres, hiérele Dios, le priva de la razon, y déjale reducido al estado de las bestias. Recobra su razon al cumplirse el tiempo señalado por Daniel, y reconoce al Dios del cielo que le habia hecho sentir su poder: mas sus sucesores no se aprovecharon de su ejemplo. Complicanse y se embrollan los negocios de Babilonia, y llega el tiempo, durante estas turbulencias, anunciado en las profecías para el restablecimiento de Judá. Preséntase Ciro á la cabeza de los medos y de los persas, y á la vista de este terrible conquistador cede toda resistencia: avanza lentamente hácia los caldeos, siendo su marcha con frecuencia interrumpida. La trompeta de la fama anuncia de lejos su venida, segun que Jeremías habia predicho, y determinase al fin á marchar contra Babilonia. Esta soberbia ciudad, amenazada muchas veces por los profetas y siempre tan altanera é impenitente, ve acercarse su vencedor á quien menosprecia. Sus riquezas, sus altas murallas, su numerosa poblacion, su prodigioso recinto, que encerraba dentro de sí todo un gran pais, como lo atestiguan todos los

antiguos, y las cuantiosas provisiones que tenían almacenadas, engríenla el corazón, y ensoberbecida menosprecia el peligro. Asediada por largo tiempo, no sentía incomodidad ninguna; burlábase de sus enemigos y de los fosos que Ciro hacia abrir en su derredor: ni aun siquiera hablaba de esto embriagada en sus festines y en sus regocijos. Su rey Baltasar, nieto de Nabucodonosor, tan soberbio como él, pero menos habil, da un gran convite á todos los señores de su corte: celebraron este festin con escesos inauditos: hizole servir Baltasar con los vasos sagrados robados en el templo de Jerusalem, mezclando en esto la profanacion con el lujo. La ira de Dios se declara: una mano invisible escribe terribles palabras en un lienzo de la sala donde se celebraba el festin: Daniel interpreta su significacion, y este mismo profeta que vaticinara la funesta caída del abuelo, anuncia tambien al nieto el rayo con que va á ser herido. En cumplimiento del decreto de Dios, ábrese Ciro de repente una entrada en Babilonia. Desviada la corriente del Eufrates, haciéndole entrar por los fosos que de antemano preparara, deja en descubierto su inmenso lecho, y entra por este paso imprevisto. Asi fue entregada á los medos y á los persas y á Ciro aquella soberbia Babilonia, segun lo predijeran los profetas. Asi acabó Babilonia, y con ella el reino

de los caldeos, que habia destruido á tantos otros reinos; y *al martillo que habia despedazado á todo el universo, tocóle el turno de ser despedazado*: Jeremías lo habia predicho. El Señor *rompió la vara con que habia azotado á tantas naciones*: Isaías lo habia previsto. Los pueblos, acostumbrados á soportar el yugo que los reyes caldeos les impusieran, vieronles á ellos sometido su cuello á una coyunda mas pesada: *Heos ahí, dijeron*, heridos como nosotros y en un todo semejantes á nosotros mismos, vosotros que deciais en vuestro corazón: *elevaré mi trono por cima de los astros, y seré semejante al Altísimo*. Es lo que habia renunciado el mismo Isaías. *Cae, cae*, como dijera este profeta, *aquella gran Babilonia, y sus ídolos son hechos pedazos. Belo es derribado por el suelo, y Nabo, su gran dios, de donde los reyes tomaban su nombre, cae por tierra*: porque los persas, sus enemigos, adoradores del sol, no toleraban ni podian sufrir ni los ídolos ni á los reyes que habian fabricado dioses. Pero ¿cómo perece esta Babilonia? Contestacion: como los profetas lo habian declarado. *Fueron desecadas sus aguas*, segun predijo Jeremías, para dar paso á su vencedor: embriagada, dormida, vendida por su propia alegría, segun el mismo profeta, encontróse en poder de sus enemigos, *y fue cogida como en una red sin saberlo*. Todos sus habitantes fue-

ron pasados á cuchillo: porque los *medos*, sus vencedores, como dijo Isaías, *no iban en busca de oro ni de plata*, sino á saciar su venganza y aplacar su odio destruyendo á un pueblo cruel, cuyo orgullo habia concitado contra sí la enemistad de todos los pueblos del mundo. *Sucedíanse sin interrupcion los correos que llegaban á anunciar al rey uno tras otro que el enemigo entraba en la ciudad*: tambien lo habia predicho esto Jeremías. Sus astrólogos, en quien élla creia y quienes la prometian un imperio eterno, *no pudieron salvarla de su vencedor*. De común acuerdo anunciaron esto mismo Isaías y Jeremías. En aquella horrible carnicería solo escaparon los judíos, advertidos ya muy de antemano, del filo de la espada de los vencedores. Enseñoreado Ciro por esta conquista de todo el Oriente, reconoció en aquel pueblo tantas veces vencido un no se qué de divino. Enagenado y satisfecho de los oráculos que habian vaticinado sus victorias, confiesa que debe su imperio *al Dios del cielo* á quien los judíos servian, y señala el primer año de su reinado para el restablecimiento de su templo y de su pueblo.

CAPÍTULO VII.

*De la diversidad de los juicios de Dios.
Juicio de rigor sobre Babilonia: juicio
de misericordia sobre Jerusalem.*

¿Quién puede dejar de admirar aquí la providencia divina, tan manifiestamente declarada en los judíos y en los caldeos, en Jerusalem y en Babilonia? Dios quiere castigarlas á las dos; y para que no se ignore que es él quien lo hace, plúgole el declararlo por cien profecías. Jerusalem y Babilonia, las dos amenazadas al mismo tiempo y por los mismos profetas, caen una tras otra al tiempo señalado. Pero Dios descubre aquí el gran secreto de los dos castigos de que se sirve: un castigo de severidad contra los caldeos, y un paternal castigo contra los judíos, que son sus hijos predilectos. El orgullo de los caldeos (que era el caracter de la nacion y el espíritu de todo este imperio) fue humillado para siempre. *El soberbio ha caido y no se volverá á levantar*, decia Jeremías; y antes que éste dijo Isaías: *la gloriosa Babilonia, con que se envanecian los insolentes caldeos ha perecido como Sodoma y Gomorra*. No sucedió así con los judíos: Dios les castigó como á unos hijos desobedientes á quienes queria hacer volver á entrar en la senda de su deber por medio de la correccion; y despues movido de sus lágrimas olvidóse de las ofensas que